

Polonia es para mí un viaje a la infancia. Es recordar la historia de mis abuelos y acercarme un poco más a mis raíces. Es rememorar esas tardes de verano en las que me sentaba con mi abuela bajo el sol, entre las flores y mariposas de mil colores que habitaban su jardín, en su querida provincia de Misiones. Esos momentos en los que los 1200 kilómetros que nos separaban solían acortarse durante algunas Navidades o vacaciones escolares en las que viajábamos a visitarla.

Polonia es trasladarme en el tiempo, es volver a tener 6 años. Es regresar a ese jardín, a la pequeña mesa al aire libre en la que la abuela me esperaba para tomar el té. Es volver a escucharla hablar en polaco sin entender una palabra, pero disfrutando de esa fonética y de esos sonidos que aún hoy resuenan cada vez que escucho el "Stolat".

Al abuelo, Antonio no llegué a conocerlo. Partió mucho antes de mi llegada. Pero pude, a través de los relatos de mi padre, saber un poco más sobre su travesía. Antonio llegó a Buenos Aires con apenas veinte años, alrededor de 1929. Fue en la Ciudad de Buenos Aires donde conoció a mi abuela Casimira, con quien se casó y a la que decidió seguir en esa aventura de abandonar la ciudad y probar suerte en Campo Viera, provincia de Misiones.

Me cuesta mucho imaginar cómo fue que lograron adaptarse a ese paisaje tan agreste, tan diferente al de su país natal. Del frío, la nieve y la llanura del campo, al calor, la humedad y un sinfín de animales desconocidos, plantaciones y un idioma completamente distinto. Sin caminos abiertos para cruzar, con una selva salvaje por delante, en la que no había dónde alojarse.

Mi abuela era de pocas palabras. Pero yo podía entender sus silencios. Sus arrugas, sus manos gastadas, su mirada profunda, todo hablaba de su trabajo, sus sacrificios y sus anhelos. También se comunicaba a través de sus comidas, con sus pierogis, sus bigos, y otros platos que me permitían con su sabor tan particular, estar un poco más cerca de su tierra natal.

El tiempo, los relatos y los momentos que no pudimos compartir por la distancia, se acortaban con las miles de historias que me contaba papá. Sus recuerdos de la infancia y las memorias que pudo recolectar en grabaciones que le hizo a mi abuela, me permitieron viajar imaginariamente al pasado. Cada una de las fotos que pudo recopilar como buen historiador (algunas de las cuales les comparto más adelante) están cargadas de emoción y de sentido.

A través esas imágenes pude ver los cimientos de la Iglesia de Santa María que mi abuelo junto con otros compatriotas construyó para tener un espacio no sólo para profesar su religión, sino también dónde encontrarse, compartir sus inquietudes y sentirse un poco más cerca de su Polonia. Esa iglesia que aún hoy sigue en pie en la ruta 14 y a la que visité en varios viajes a Misiones. También, de su incursión en el desarrollo del té (que hasta el momento no existía) en la provincia que es más conocida por la yerba mate además de desarrollar la industria del tabaco.

El destino me brindó la posibilidad de conocer Polonia. Estuve ahí en distintas etapas de mi vida: con mis padres en 1993 donde me reencontré con unos tíos abuelos en Woitek; en una segunda oportunidad ya con 20 años para participar de un momento histórico: una de las visitas del papá Juan Pablo II a su país natal; y la última hace seis años junto con mi esposo para que también el conociera de cerca mis raíces.

El sentimiento que me atraviesa cada vez que tengo la oportunidad de pisar esa tierra lejana, es siempre el mismo: es esa sensación de pertenencia, a pesar de que mi historia tiene sus

propias raíces en otra tierra, Argentina. Estar en Polonia es sentirme en casa también. Comer pierogi en Cracovia, fue volver a la cocina de mi abuela. Recorrer las calles de la ciudad que debieron abandonar por la guerra, es estar cerca de ellos una vez más. Es admirar y valorar el sacrificio que hicieron. Es entender que, gracias a su decisión de dejar Polonia, y también gracias a mis abuelos maternos, es que estoy acá. Es comprender la historia de mi papá, el valor de las tradiciones, y lo lejos que puede llegarse cuando la familia, el trabajo y la lucha contra las adversidades se atraviesa con fortaleza y alegría.

Dedicado a la memoria de mis abuelos y a quien los mantiene vivos: mi papá.

Bárbara

Algunas imágenes:



Izquierda: Mis abuelos Antonio Skowron y Casimira Posluzny, con sus hijos. Derecha: Mis abuelos y sus vecinos construyendo la Iglesia Santa María en el kilómetro 38 de la ruta 14.

Abajo: izquierda mi abuela. Abajo Derecha: una foto que tenía mi abuela Casimira, de la Cooperativa tabacalera creada por mi abuelo y vecinos de Campo Viera y Campo grande en 1937

